

PASÁ DEL PICAYU Y CANAL DE REÑINUEVO

Apenas asoman dos rayos de luz por la claraboya cuando se escuchan unos golpes secos contra el cristal. Es Fermín, nuestro cuervo amigo que todas las mañanas a las siete, indolentemente, golpea su imagen reflejada en la ventana del albergue, en una pelea contra sí mismo que siempre acaba ganando.



TEXTO Y FOTOS



Gerardo Marquínez
(Bilbao, 1963).

Entusiasta de la montaña en sus diversas variedades (barranquismo, bicicleta o alpinismo). Perteneció a varias asociaciones montañeras. Ha impartido charlas y proyecciones sobre diferentes países. Gran apasionado del continente asiático, ha viajado por países de los cinco continentes. Inconformista y enamorado de los paisajes y la fotografía, encuentra en la naturaleza su medio natural.



Bejes es el último punto civilizado de la carretera que asciende a Picos de Europa partiendo desde el desfiladero de la Hermida. En su entrada, un monumento en memoria de los últimos maquis nos traslada a un tiempo pretérito de guerra y poemas, de dolor y mitos que obliga a vencer la cabeza para reconocer la labor de los que llevan sus ideas hasta el final. Bejes es, además, un magnífico punto neurálgico desde el que iniciar algunas de las rutas más fascinantes que este macizo calcáreo de Picos nos reserva. La hospitalidad de un albergue pequeño y acogedor y la conversación

que nunca falta con personajes de lo más típicos que acostumbran a hospedarse en él, hacen de la estancia en sí misma una aventura.

Probablemente la ruta que vamos a describir sea, a juicio de los lugareños, la más bonita y exótica de la parte oriental de Picos, no por sus elevaciones destacables, sino por el hecho de adentrarnos en un paisaje recortado, vertical y fracturado por las aguas, que da señas de la dureza y belleza de esta singularidad pétreo.

En una ruta circular de 19 km que comienza en San Esteban de Cuñaba, vamos a recorrer todo el canal del Urdón para des-

embocar nuevamente en el desfiladero de la Hermida donde, de forma rabiosa, se entrega a la corriente del Deva.

San Esteban de Cuñaba es una pequeña aldea que recoge en su caserío la consideración que en 1990 le otorgó el principado de Asturias como "pueblo ejemplar de Asturias". Apenas un ensanchamiento permite dejar los vehículos para abordar la senda que, balizada mediante marcas "PR", nos adentrará en dirección sur buscando un magnífico mirador sobre la apertura del desfiladero. Un camino bien marcado y rodeado



Pasá del Picayu.

de vegetación, que crece vestido de madroños, bierzo, castaños y plantas aromáticas, gana altura mientras nos conduce por una escorrentía donde las fuentes y las copas de sus altos robles otorgan una sombra reposada en los días calurosos.

La verticalidad y unas pronunciadas laderas herbosas se van imponiendo sin que ello represente peligro alguno y, en la zona más alta, allí donde “la Pasá del Picayu” toma su nombre, caminamos por los bordes rocosos de la arista occidental de la pared del desfiladero de la Hermida. Todos los pasos que

podieran representar un cierto riesgo han sido asegurados mediante barandillas de madera y pasamanos por lo que el camino se ha hecho apto para todos con la única reserva de los días en los que la vegetación pueda encontrarse mojada.

Desde aquí arriba dominamos la “V” del desfiladero de la Hermida y nos atrevemos a emular la memoria de aquellos contrabandistas que utilizaron la ruta para el trasiego de mercancías huyendo del control impositivo de las autoridades. Se nos hace difícil imaginar caravanas de mulos cargados ascendiendo

lo que nosotros hemos surcado gracias a los pasamanos, pero eran los tiempos en los que “más cornadas daba el hambre”.

Al fondo del desfiladero se ve la silueta recortada de Peña Sagra. Dicen los historiadores que representa el mítico monte Medulio, que no ubica adecuadamente la historia y en el que sucumbieron, tras el asedio de todo el invierno, las últimas huestes cántabro-astures ante las legiones de Cayo Furnio. Allí, arrinconados en la cima, cosida por las trincheras del imperio y sometidos a los rigores del invierno, se inmolaron antes de que Roma tomara al asalto el último fortín.

La senda aérea discurre por pasos estrechos, equipados de sirgas y cadenas para evitar las posibles sensaciones de vértigo



Pasarela de Matallana

Un esplendor verde se abre hacia el oeste y un sedo estrecho sobre roca irregular lo surca dejando todo el valle del Urdón y el canal a media ladera que recorreremos en nuestro retorno al fondo del desfiladero. La senda aérea discurre por pasos angostos con profunda caída, todos ellos equipados de sirgas y cadenas para evitar las posibles sensaciones de vértigo. Poco a poco nos acercamos a Tresviso, punto intermedio de la ruta. Tresviso (Trans Visum que algunos traducían del latín como “tras el collado desde el cual se empieza a ver un lugar” o bien, Trans Abyssum, “detrás del abismo”) es un pueblo asomado al precipicio del Urdón, donde uno puede disfrutar de un almuerzo reparador y compartir alguna historia con los habitantes de estos municipios acostumbrados a vivir en aislamiento una parte importante del periodo invernal y por ende cargados de historias que llenan esos momentos de so-

ledad, como la que habla de la muñeca que una familia inglesa regaló a una niña y que a su vez regaló al párroco quién, otorgándole santidad, la colocó en los altares de la iglesia representando una virgen aparecida en los caminos a una niña.

Salimos de Tresviso por su parte elevada (dirección a Sotres) siguiendo las indicaciones de nacimiento del Urdón. Un serpenteante camino nos traslada por el alfombrado tapete de brañas para abandonarnos en un espeso bosque de robles y hayas: el bosque de Robredo. Esta zona se encuentra repleta de cavidades rocosas y no es difícil coincidir con grupos de espeleo que buscan en sus profundidades vestigios de unos tiempos primigenios.

La senda, con balizas “PR”, discurre en zigzag perdiendo altura entre colores ocres que adelantan la llegada del invierno. Algunas cabañas abandonadas -Majada de Llosa- nos dan idea de que hubo un tiempo donde cualquier hueco era trinchera y cualquier ensanchamiento, campo de cultivo. Las montoneras derruidas y la hiedra que oculta algunas de las paredes cierran este capítulo duro y romántico de la historia.

Mediante unos tramos más agrestes en la Jorcada de Cañimuelles y unas escaleras talladas en la piedra descendemos hasta el nacimiento del Urdón. Asoma al mundo desde una cueva copada por la confederación hidrográfica de la que surge un canal de agua transparente. Parte del caudal se derrama al cauce del río y se despeña en dos preciosas cascadas de cola de caballo que dan sonoridad al angosto desfiladero.

Parte del caudal se derrama al cauce del río y se despeña en dos preciosas cascadas de cola de caballo

Es desde aquí donde surge una senda que de forma alterna toma una vereda pareja al canal que, en ciertos lugares correctamente balizados, se desvía a la izquierda del mismo para permitir que el canal prosiga por el interior de algunos túneles, allí donde la progresión para nosotros sería imposible.

Descendemos el canal en tramos de preciosa estampa por huecos tallados en la pared que dibujan una senda impresionante y alcanzamos el voladizo de Matallana que, protegido con una barandilla, nos permite disfrutar de una terraza suspendida en el desfiladero sin riesgo alguno.

Alcanzamos el voladizo de Matallana que nos permite disfrutar de una terraza suspendida en el desfiladero

La compañía Eléctrica de Viesgo, propietaria de la central, conduce mansamente las aguas hasta el salto que salva 130 metros en la creación de una energía interminable aportada por las aguas de los ríos Los Lobos, Urdón, Valdeiezmo y Sobra. Además de realizar el mantenimiento adecuado, ha instalado pasamanos a lo largo de todo el canal y pasarelas metálicas por algunos de sus túneles que habilitan el discurrir de nuestra ruta de una forma confortable.

Con una pared vertical a nuestro frente surcada por la cicatriz del canal, tallada a media altura, nos vemos obligados a seguir los hitos que nos sacan nuevamente de la huella del canal en el cruce del paso de “Peñas Negras”. Es este un sendero estrecho que se agradece cuando se encuentra seco. El canal discurre cincuenta metros por encima de nuestras cabezas y el hecho de que no rebosa nos da la seguridad del camino aunque le usurpa cierta vistosidad la ausencia de esa cortina blanca que se desgaja cuando comienza el deshielo y el agua no tiene alojamiento suficiente en la U de su camino.

Debemos extremar las precauciones en este paso que, sin ser peligroso, exige la coordinación de nuestros sentidos. Apenas doscientos metros de senda estrecha nos vuelven a separar de la pared y nos devuelven a la vista abierta de la Hermida y a la tranquilidad de una huella segura.

Volvemos sobre la vereda del canal y, cruzándolo por un puente de piedra, ganamos altura para situarnos en la parte superior de la canalización del salto. Al fondo se encuentra el desfiladero de la Hermida y una tubería vertical da cauce a la corriente hasta las turbinas de la central para permitir alumbrar 4500 viviendas, que recoge prácticamente todas las necesidades energéticas de las poblaciones del valle.

El último descenso atraviesa una pedrera dibujada por un sendero en zigzag que nos posa a los pies de la central, lugar en el que habíamos dejado uno de los vehículos, situado a 3 km de los otros. Cerramos así un círculo de 19 km que nos ha permitido rodar una de las rutas emblemáticas de la parte oriental de Picos. Es aquí donde echamos de menos el fuerte sabor del típico queso picón de Bejes que, rebajado con una botella de sidra o enriqueciendo un cocido en el albergue de Begoña, le ponen broche de oro a un camino, sin duda inolvidable.

Nota de Pyrenaica: Por razones de seguridad se deben respetar las restricciones establecidas en algunos tramos de la ruta.

